

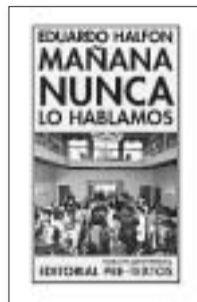
# Cuando menos se lo espera

El escritor guatemalteco dialoga con el niño que fue. Literatura de altura para hallar las puertas de salida agazapadas en la infancia

## Narrativa

POR MANUEL ARRANZ

■ Del mismo modo que es el futuro el que prefigura el pasado, la forma de narrarlo, de comprenderlo, incluso, si me apuran, la forma de vivirlo, no es la infancia la que prefigura la edad adulta como se suele decir, sino al revés. El niño que fuimos, como el pasado, no está muerto, sigue en nosotros agazapado, y de cuando en cuando, cuando menos se lo espera, da señales de vida. Una mirada asombrada, un entusiasmo repentino, un sobresalto incontrolado, una herida inesperada, suelen ser señales inequívocas de que sigue ahí, de que no se ha ido, de que nos acompaña aun-



EDUARDO HALFON  
**Mañana nunca lo hablamos**  
► VALENCIA,  
PRE-TEXTOS, 2011.

que en ocasiones nos avergoncemos de él. Hay adultos sin embargo que confunden la madurez con el olvido de la infancia, adultos rencorosos, reivindicativos (atroz palabra), que tienen sobre su infancia una mirada condescendiente, cuando no resentida, adultos que se ríen del periodo más serio de la vida, más misterioso, más desvalido, posiblemente también más hermoso, con esa hermosura que tienen a veces la tristeza o la alegría incontroladas. No es el caso de **Eduardo Halfon**. Halfon, digámoslo así, dialoga con el niño que fue,

no le impone su punto de vista de adulto, le escucha, deja que se exprese, trata de comprenderle, y, sobre todo, no le juzga. ¿Le gustaría al niño que fuimos el adulto en que nos hemos convertido? Es difícil saberlo.

*Mañana nunca lo hablamos*, enigmático y sugestivo título, es una hermosa novela sobre la infancia. Sobre ese mundo de objetos, de presentimientos y temores, de olores y de sonidos, de euforias y tristezas inopinadas y puras que la edad adulta se empeña en sepultar sin conseguirlo afortunadamente del todo. Aunque más que una novela yo diría que son escenas de una novela. Y en esto también se parece a la vida, compuesta de escenas sin solución de continuidad las más de las veces. Estas escenas, evocaciones o recuerdos, tienen el

ritmo y los matices propios de la vida del espíritu, si se me permite utilizar en este contexto esta solemne expresión. Sólo la vida vegetativa es lineal, y ni siquiera lo es siempre. Eduardo Halfon ha sabido captar esos ritmos y esos matices tan evanescentes, esas expresiones fugitivas, y es el lector el que con todos esos retazos va componiendo la novela, una novela en la que los hechos tienen menos importancia que las sensaciones, como sucede por lo demás en la vida real, y si las palabras son también hechos con mayor motivo lo serán las sensaciones. *Mañana nunca lo hablamos*

no es un mero, o no tan mero, ejercicio de la memoria, como podría parecer a primera vista, o una recreación del pasado, cosas estas a las que tan aficionados son los escritores, o no es sólo eso. Es, digámoslo así, una particular y privada asunción de ese pasado, porque el pasado o no existe, y es siempre presente, o sólo existe el pasado y es el presente el que no existe. Y es también, de esto no cabe duda, literatura de altura.

